

BERENZON, BORIS Y CALDERÓN, GEORGINA, (Coordinación general), *Historia de la historiografía de América 1950-2000. Tomo II: América Central*. Coordinador del tomo Francisco Enríquez Solano, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2010.

El libro en cuestión está integrado por cinco capítulos, uno por cada país de los cinco tradicionales asociados con el Istmo y escritos por un historiador que pertenece al país del que escribe. En su aporte individual, estos ensayos proveen las líneas de análisis de varias tradiciones historiográficas construidas en esas naciones centroamericanas desde el siglo XIX hasta inicios del siglo XXI, aunque el énfasis está dado sobre la segunda mitad del siglo xx.

La historiografía centroamericana de la que dan cuenta estos ensayos comparte dictámenes y límites, pero también diferencias sustanciales. Iván Molina da cuenta del desarrollo de la historiografía liberal, socialdemócrata y los intentos de sociología histórica de la década de los setenta, para concentrarse luego en la llamada Nueva Historia y la renovación que habría promovido en el gremio de historiadores costarricenses. Miguel Ángel Herrera explora el desarrollo de la historiografía nicaragüense y nos proporciona un recorrido por una disciplina practicada en espacios privados, por individuos más que por grupos, con grandes proyectos y ajustada a la estrecha relación entre la construcción del conocimiento histórico y la vida socio-política de Nicaragua. La Historia de Nicaragua aparece en una encrucijada entre su destino científico y su amor por la memoria. Darío Euraque perfila la historiografía hondureña como un proyecto atado a otros y momentos en los que ciertos individuos han jugado papeles centrales. Fina Viegas se interna en una primera exploración de la historiografía salvadoreña para revelar dos grandes tendencias: la de una historia liberal patriótica que prevaleció hasta la década de los setenta y la emprendida por críticos del sistema afiliados a la izquierda que levantaron el estandarte de una historia marxista. En esa lucha, apareció hacia finales de la década de los noventa y el inicio del siglo XXI una nueva generación de historiadores cuyo programa de apertura de la carrera de historia ha vuelto posible su extensión científica. Finalmente, José Cal, siguiendo a Gustavo Palma Murga, profundiza en tres periodos de la historiografía guatemalteca: el periodo de los historiadores cronistas (1619-1825), el de los historiadores oficiales (1836-1949) y el de los historiadores profesionales (de 1970 en adelante). Según Cal, el parteaguas entre una historia positivista y una científica con sentido de historia, problema que produjo Severo Martínez Peláez con su obra *La Patria del Criollo*.

El libro constituye por sí mismo un aporte a la discusión sobre el estado de la historiografía en cada país. Por lo menos desde que William Griffith

en la década de los sesenta y Ralph Lee Woodward Jr. en la de los ochenta intentaran realizar un balance general de la historiografía centroamericana, no aparecían trabajos que intentaran visualizar la producción de los historiadores, con excepción de trabajos individuales sobre cada país y con la importante excepción del gremio de historiadores costarricenses que desarrollaron balances de la historiografía del país desde inicios de la década de los ochenta, que se han traducido en múltiples estudios hasta hoy.¹ Griffith había detectado que los estudios de historia en Centroamérica, destacados por su pasión y toma de partido, comenzaban a variar hacia un intento por volver más profundos los intentos por explorar los acontecimientos. Cuando Woodward hizo su balance, finalizó indicando:

Igual que en otras partes de América Latina ha habido un enorme incremento en el volumen de los escritos históricos sobre la Centroamérica moderna, en las pasadas dos décadas. Además, es obvio que se ha dado un aumento en la calidad. Mucho del trabajo realizado, tanto en Centroamérica como fuera de ella, ha estado caracterizado por una mayor investigación profesional, perspectivas más amplias, nuevas metodologías y análisis comparativos con otras áreas. En todos los estados han surgido centros de investigación, tanto en las universidades como fuera de ellas, que han contribuido a una profusión de escritos históricos de casi cualquier variedad. Es incuestionablemente cierto, como Eric Van Young ha observado en relación al reciente academicismo anglófono sobre México y Centroamérica, en la Era de la Revolución, que el trabajo sobre Centroamérica ha sido de inferior calidad al realizado sobre Estados Unidos y Europa.

¿Es ese el panorama que se pinta en estos ensayos? En parte sí. Con la excepción de Costa Rica y quizás de Guatemala, se nota en estos trabajos que en la mayor parte de Centroamérica la historia fue una práctica de algunos individuos que realizaban por su cuenta, con un cierto apoyo oficial y con un intento de heroización del pasado a través de una narrativa positivista con escaso interés por el desarrollo del método. La historia era, para ese tipo de historiadores que prevalecieron hasta entrada la década de los ochenta y de los que todavía hay muchos ejemplos, un lugar para el reposo y la nostalgia, donde privaba el individuo excepcional y el acontecimiento. A ese paisaje se agregaba un escaso desarrollo de espacios para la publicación; en casi todos los países, fueron iniciativas institucionales de algunos individuos las que fundaron revistas que por un lado publicaban ensayos

¹ William J. Griffith, "The Historiography of Central America Since 1830", *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 40, No. 4 (Nov., 1960), pp. 548-569; Ralph Lee Woodward, Jr., "The Historiography of Modern Central America Since 1960", *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 67, No. 3 (Aug., 1987), pp. 461-496.

históricos y por otro reproducían documentos coloniales o del siglo XIX. Las universidades, si bien participaron del proceso de desarrollo de la historiografía, permanecieron hasta finales del siglo XX como espacios en los que la disciplina se empeñó poco, lo cual incluso se ve en la incapacidad de países como El Salvador de fundar una carrera de historia sino hasta los primeros años del presente siglo. La forma en que se inmiscuían los gobiernos en la elaboración de la historia es otra característica sintomática de la historiografía de estos países hasta la década de los setenta, pero aún los intentos revolucionarios sandinistas pecaron por ese intento de utilizar a la Historia como herramienta legitimadora del presente a través de la institucionalización de sus interpretaciones.

La esperanza que veía Woodward en su ensayo, se afirmó como real aunque nuevamente con límites como revelan estos estudios. En Nicaragua afloraron varios grupos de historiadores que tomaron la disciplina como una forma de vida y han seguido investigando con un sentido crítico y científico. En El Salvador, una nueva generación de historiadores ha desarrollado importantes trabajos sobre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En Honduras, ha habido contribuciones individuales que han producido discípulos. En Guatemala, tal y como lo evidencia José Cal, el mayor impacto de la obra de Martínez Peláez fue la de la profesionalización de la disciplina.

El caso de Costa Rica merece una evaluación aparte. Comparado con los otros países, el ensayo de Molina evidencia que el gremio de historiadores costarricenses es el que mejor se constituyó como una comunidad científica muy activa, desarrolló un marco institucional amplio y fundamental para asegurar su reproducción y ha practicado cualquier tipo de historiografía vinculada con las corrientes renovadoras de la disciplina en el mundo. El trabajo de Molina deja claro que la nueva historia ha sido un movimiento intelectual con un programa específico que quizás tuvo una versión política, pero que se concentró en renovar los métodos de investigación histórica y en institucionalizar su revolución en la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional.

No es difícil ver que, al respecto, efectivamente la nueva historia triunfó y produjo en Costa Rica un grupo profesional profundamente interesado por la investigación y el cuestionamiento de los referentes históricos que tenía el país y por tanto creador de una interpretación diferente y profunda sobre su desarrollo histórico. La nueva historia también volvió a los historiadores del país más centroamericanistas en sus reflexiones y en sus comparaciones y posibilitó con eso una renovación de los estudios históricos en el Istmo. Al mismo tiempo, esa nueva historia supo renovarse y empaparse de modas y nuevas transformaciones alimentando sus propias discusiones teórico-metodológicas. La nueva historia fue capaz de crear una comunidad científ-

fica de historiadores sumamente críticos de su trabajo, actualizados en su conocimiento, con contacto directo con otros científicos sociales en otras partes del mundo, con aportes a nivel teórico-metodológico, con voz propia y con un sistema de reproducción que ha asegurado la persistencia y la renovación.

¿Es esta diferencia un producto del azar? Para nada. Los ensayos reunidos tienen la problemática de que, al tener diferentes perspectivas y formas de exploración de sus objetos, hacen que se difumine los elementos contextuales que limitaron o auspiciaron el desarrollo de la historiografía en cada país. No obstante, es posible advertir que la llamada particularidad costarricense, más allá de su visión mítica, sí alentó la construcción y afirmación de la labor del historiador. Al respecto, otro de los límites de estos ensayos individuales es que evitan dar evidencia sobre el posible impacto que esa profesionalización costarricense haya ejercido sobre los otros países, especialmente sobre Nicaragua y El Salvador. Así, aunque se citan algunos historiadores costarricenses que han contribuido individualmente al estudio del pasado salvadoreño, casi no se dice nada de la manera en que el Posgrado Centroamericano en Historia auspició la profesionalización de varios salvadoreños y nicaragüenses y la manera en que desde sus tesis de maestría y doctorado han aportado a la historiografía de sus países. Es interesante que se recalque más la labor de historiadores norteamericanos al respecto, pero se deje de lado la importancia de ese marco institucional de la Universidad de Costa Rica. Se exploran poco también los efectos que podrían haber tenido las iniciativas de contacto regional, como los Congresos Centroamericanos de Historia. En ese sentido, este libro constituye una buena base para que alguien intente volver a la temática de Griffith y Woodward; es decir, realizar un balance general de la historiografía de la región, ojalá incorporando a Panamá y Belice en el intento.

En general, el libro es un importante aporte que debe ser leído por estudiosos y estudiantes de la historia centroamericana. A través de él se nos revela a una Clío que, caminante sin detenerse, ha forjado un camino no fácil de borrar por nadie.

*David Díaz Arias**

* Ph.D. en Historia por Indiana University; Director del Posgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica, correo electrónico: david.diaz@ucr.ac.cr